

La guerra del Golfo Pérsico: comienza el siglo XXI

Los (escasos) análisis y reflexiones que se han hecho sobre las repercusiones en América Latina de la guerra iniciada contra Irak en el mes de enero se han limitado a especular sobre las consecuencias económicas, ante una eventual variación en el precio del petróleo.

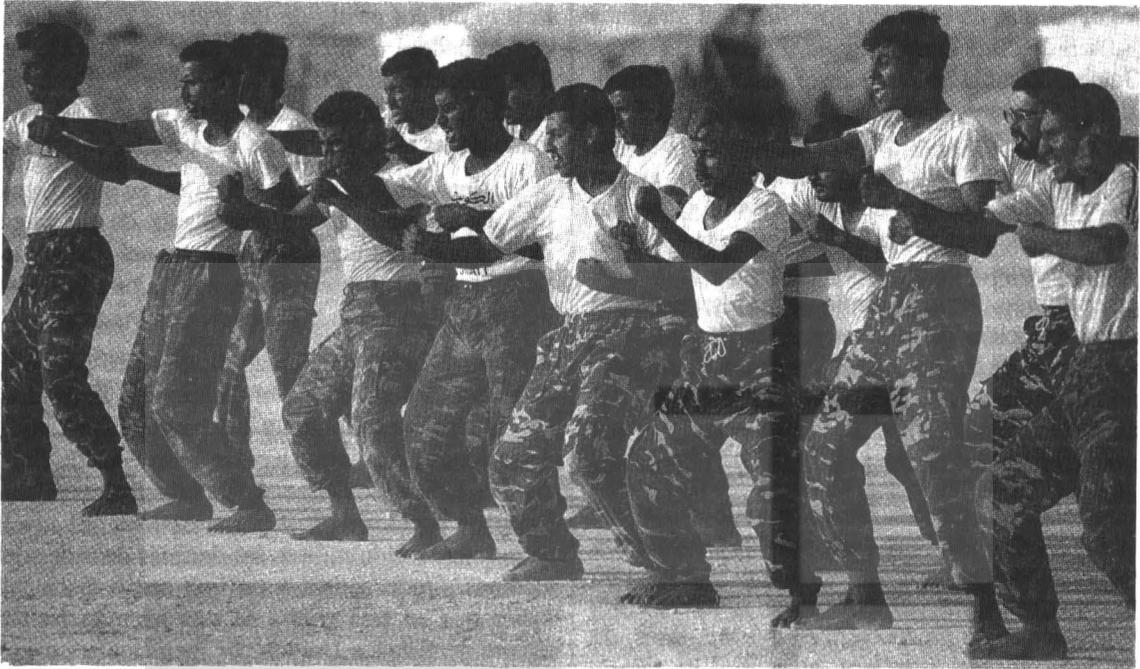
Ya en la *ECA* de septiembre (número 503) señalábamos como el conflicto del Golfo Pérsico no amenazaba gravemente la situación económica de América Latina, siendo más peligrosa y de mayores consecuencias la recesión que, desde marzo de 1990, se extiende por Estados Unidos primero y posteriormente por el resto del mundo desarrollado.

La guerra, desencadenada por Estados Unidos y apoyada por la fuerza multilateral, ha tenido un sorpresivo impacto a la baja en los precios del petróleo —sorpresivo para quienes pensaban que ésta es una guerra por el control del petróleo, cuando en todo caso lo es por el control del *precio* del crudo. En este sentido, la fuerza aliada no podía permitir que la guerra afectase directamente a la economía de sus países, si se generaba una especulación al alza en el precio del barril de petróleo. La garantía en el abastecimiento —ya señalada en nuestro anterior comentario en *ECA*— y el control del mercado ejercido por las “siete hermanas” multinacionales del petróleo, ha permitido evitar esta posibilidad.

Un reciente documento de la CEPAL señala que por cada dólar de aumento en el precio, los

países exportadores de petróleo en América Latina obtienen del mercado internacional un incremento neto de 99.9 millones de dólares mensuales, mientras que los no exportadores ven deteriorarse su balanza petrolera en -31.7 millones de dólares mensuales, y en -2.7 millones los países del mercado común centroamericano. Por tanto, el efecto neto es ligeramente negativo en Centroamérica (en el caso de El Salvador, el efecto sería inferior al uno por ciento del valor de las exportaciones, pero positivo en el conjunto de América Latina, con una ganancia neta de 65.5 millones de dólares mensuales. Un supuesto extremo, de duplicación de los precios respecto a la media del año 1990, que llevase los precios hasta los 40 dólares el barril, significaría, en los países importadores, un alza de los precios al consumidor de entre 5 a 8 por ciento. Por tanto, aunque en algunos países el impacto pudiera ser significativo, no cabe decir lo mismo del conjunto de los países de la región.

Sin duda, los gobiernos latinoamericanos están interesados en magnificar el impacto de la situación política del Oriente Medio sobre las economías latinoamericanas, no tanto por lo que directa e indirectamente puede representar el alza del precio del combustible, cuanto por lograr una mejor posición de cara a continuar con la permanente renegociación de la principal carga que soportan nuestras balanzas de pagos, la deuda externa. Y porque siempre es conveniente tener a mano un “enemigo externo” a quien responsabilizar de las



consecuencias negativas de los posibles errores de la gestión económica propia: si el deterioro económico se debe a los precios del petróleo y no a las políticas de ajuste, no cabe pensar en políticas (y gobiernos) alternativas.

Sin embargo, las consecuencias principales de todo este conflicto en América Latina no serán las económicas. Las repercusiones de la postguerra serán mucho más importantes, por cuanto lo que está en juego no es solo una posible variación en el coste de la energía, por grande que esta sea, sino el diseño de un nuevo orden mundial, que vendrá a reforzar el control por parte de los países altamente consumidores de recursos naturales sobre las fuentes mundiales de aprovisionamiento, y una profundización en la dominación política sobre las regiones del globo llamadas del "tercer mundo".

En algún lugar, el historiador británico Eric Hobsbawm escribía que en 1989 se terminaba el siglo XX, uno de los más cortos de la historia, abierto con la guerra (1914) que puso fin al orden mundial basado en la hegemonía del imperio británico y la revolución (1917) que dio lugar a la primera sociedad postcapitalista, y que ha terminado con el cierre del ciclo histórico de dicha revolución en 1989-1990.

El capitalismo, depredador por naturaleza, se había centrado —o al menos así nos lo hicieron ver los principales científicos sociales— en modificar las características del trabajo: incremento de la productividad, emigraciones masivas del trabajo agrícola al industrial, asalarización... esta fuente de riqueza generó las principales contradicciones en el interior del propio sistema, y, en este sentido, ha marcado toda la historia contemporánea, desde mediados del siglo XIX hasta hoy.

Pero hay que recordar que junto al trabajo, la tierra es la otra fuente de riqueza, reconocida por Marx, aunque no analizada por éste en sus profundas implicaciones sociales e históricas. Los bienes no reproducibles —recursos minerales— se están convirtiendo en el eje principal de las contradicciones que genera la reproducción del actual sistema.

Si trabajo —más o menos cualificado, más o menos proletariado, más o menos productivo— existe por todas partes, los minerales están concentrados en muy pocos países. Las reservas de los dieciocho principales minerales no fósiles se concentran en no más de treinta países, de los cuales solo seis son desarrollados (Estados Unidos, Canadá, Australia, España, Finlandia y Noruega). El

resto, además de la Unión Soviética, son africanos (Africa del Sur, Zaire, Argelia, Botswana, Gabón, Guinea, Zambia y Zimbabwe), asiáticos (China, India, Filipinas, Indonesia, Malasia, Tailandia, Nueva Caledonia) y latinoamericanos (Bolivia, Brasil, México, Perú, Cuba, Jamaica). Los países desarrollados y Africa del Sur detentan el 44 por ciento de las reservas, la Unión Soviética algo menos de la cuarta parte, mientras, que los países del tercer mundo tienen un tercio de las reservas mundiales conocidas de minerales no fósiles. Sin embargo, más de las tres cuartas partes de la producción de minerales es consumida por los países desarrollados, siendo Estados Unidos el principal productor, pero también el primer importador mundial.

Parece evidente que, más allá de los adelantos tecnológicos que permiten sustituir el consumo de muchos minerales por materiales sintéticos (dependientes en su producción, en muchos casos, de los derivados del petróleo), el control de las riquezas minerales es un objetivo estratégico. Pasados los tiempos del control directo de las fuentes de recursos mediante la política colonial, se trata de diseñar un orden internacional que, lejos del planteamiento del Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) de los países no alineados y la UNCTAD, se está discutiendo exclusivamente entre Estados Unidos y sus aliados de los países desarrollados, en foros como el Grupo de los siete (primeros ministros de los países más industrializados), la Trilateral o la OTAN, todos ellos organismos internacionales de los cuales están excluidos los representantes de los países pobres.

El siglo XXI, al igual que el anterior, comienza con una guerra multinacional, que pretende diseñar un nuevo orden internacional. Pero a diferencia de la primera guerra mundial, hoy no es la contradicción que genera la existencia del proletariado lo que atemoriza a los beneficiarios del sistema: es el control de la otra fuente de riqueza, la tierra, lo que está puesto en cuestión.

Eliminado el conflicto este-oeste y su traducción en Oriente Medio, Saddam Hussein se ha vuelto un estorbo molesto; si se llegaba a consumir la anexión de Kuwait y, posteriormente, quizá la de los emiratos del Golfo Pérsico, Irak contro-

laría el 60 por ciento de las reservas de petróleo, convirtiéndose *de facto* en el líder indiscutible de la región, con una influencia decisiva en el control de los precios internacionales del crudo, hoy en mano de las multinacionales del petróleo.

La intervención militar aliada es, en cierto sentido, un asunto histórico secundario, de similares dimensiones políticas al conflicto del Canal de Suez en 1956, al intervencionismo contra la revolución sandinista o a la ocupación de Panamá.

Sin embargo, el esfuerzo diplomático previo a la guerra, con el recurso al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y las innumerables conversaciones a dos y tres bandas entre Estados Unidos, la Unión Soviética y los principales países europeos occidentales, y posteriormente, el nivel de la intervención militar, las decenas de miles de víctimas... todo apunta a un Irak como disculpa, indica que en esta guerra se está jugando no un intento de Estados Unidos por incrementar su influencia en la zona y reducir el grado de conflictividad dejado como herencia por el colonialismo franco-británico, sino el rediseño del mapa geopolítico mundial, tras el final de la guerra fría, y el inicio de un poder económico compartido por Estados Unidos con Alemania-Comunidad Económica Europea, Japón.

En el caso de Oriente Medio, hay que recordar que la inestabilidad permanente en la zona es consecuencia de la torpe política descolonizadora de británicos y franceses, quienes diseñaron un mapa regional en el cual pretendían perpetuar un poderío postimperial incompatible con la importancia de sus economías.

La reivindicación de Irak sobre Kuwait se remonta a junio de 1961, cuando el primer presidente civil de Irak reclamó la anexión del emirato, que había formado parte de la Basora otomana, y que obtuvo la independencia por la decisión de los británicos, en noviembre de 1920, de aplicar en la región la máxima imperial del *divide and rule*, creando una nación artificial en el emirato de Kuwait.

Tampoco es nueva la intervención militar de los países desarrollados en la zona: en aquella época, el emir de Kuwait aprovechó su tratado

con los ingleses para pedir ayuda, y los británicos enviaron tropas, tanques y aviones, pese a la protesta de Irak, la Unión Soviética y otros países. Kuwait logró entrar en la Liga Árabe, a pesar de las amenazas de Irak de retirarse, y el 12 de septiembre de 1961 comenzaron a llegar a Kuwait tropas árabes para reemplazar a los ingleses, que abandonaron Kuwait en octubre. Desde entonces, Irak no ha abandonado sus pretensiones sobre el territorio, generando en el pueblo iraquí un sentimiento similar al que embarga a los argentinos ante el problema de Las Malvinas, a los cubanos con la base de Guantánamo, o a los españoles con Gibraltar.

Tras la derrota militar en la guerra contra Irán, Saddam Hussein ha pretendido aprovechar esta circunstancia para dar un peligroso paso adelante, que evitase la desunión en el interior del país o hiciese peligrar su poder.

Ciertamente, no se puede responsabilizar a Estados Unidos del poderío militar que alcanzó Irak, alimentado básicamente por franceses y soviéticos. Cuando, en 1984, la aviación israelí destruyó una central nuclear en construcción en Irak, destinada a producir plutonio para la bomba atómica,

los franceses respondieron que seguirían prestando asistencia tecnológica a Irak para reconstruir la central.

Mientras representó un dique de contención frente a la expansión del fundamentalismo chiíta, Saddam Hussein fue apoyado por las potencias occidentales, incluso con la esperanza de tener en él un apoyo contra la influencia soviética en la región, a través de su aliado sirio. En este sentido, la Internacional Socialista mantenía relaciones con el partido Baah iraquí, en el poder desde 1968, partido laico y autoproclamado socialista.

Si Estados Unidos adquiere un papel protagónico, no es solo porque el esfuerzo militar es principalmente suyo —recordemos que constitucionalmente, las otras potencias ascendentes, Alemania y Japón, están impedidas de actuar militarmente fuera de sus fronteras: el mapa militar y geopolítico no se corresponde con el económico. Por eso, la guerra contra Irak representa los prolegómenos del nuevo orden en gestación, y nos permite adivinar algunas características de las cuales se pretende dotar a éste.

La puesta en cuestión de la hegemonía de los



países desarrollados, se genera en diversos países del tercer mundo, en el terreno cultural (fundamentalismo), militar, estratégico (petróleo), económico (transferencias sur-norte) político (revoluciones). Con la guerra contra Irak, se lanza un mensaje que llega también a América Latina: fuera del orden instituido por los poderosos, no hay salvación. Cabe el no alineamiento, pero a costa de sufrir las consecuencias negativas del aislamiento internacional (véase Cuba).

El orden militar que acompañará al Nuevo Orden Internacional, que está siendo debatido en el club de los ricos, incluye los retos políticos a los que los países desarrollados están dispuestos a contestar con la política de la guerra, entre los cuales la guerra del Golfo Pérsico no es sino un ejemplo dramático por la escala de los bombardeos y los destrozos físicos y humanos ocasionados a Irak: los regímenes que pretendan controlar recursos vitales para el modelo industrial de producción; las revueltas populares originadas en la no satisfacción de las necesidades básicas; las potencias militares del tercer mundo que, disponiendo de arsenales de armas químicas, bacteriológicas, nucleares, estén dispuestas a crear una zona de influencia, disputando la hegemonía a las grandes potencias (Libia, Irak hoy o Siria mañana); los fundamentalismos religiosos, que ponen en cuestión el orden cultural de la civilización occidental; los países cuyas poblaciones estén dispuestas a llevar a cabo una revolución... se verán sometidos a la presión militar combinada (esta es la novedad) cuando se trate de zonas no asignadas a la tutela de una u otra de las potencias hegemónicas desarrolladas.

Otra dimensión del nuevo orden es la de la información. De esta guerra, una de las consecuencias significativas es el reforzamiento del control sobre los medios de creación de opinión pública. La cobertura televisiva de los bombardeos sobre Bagdad está siendo uno de los casos más importantes de los tiempos modernos de difusión de propaganda estatal a través de los medios de comunicación de masas, entendiéndose por propaganda su definición más usual: la repetición continua de un sólo mensaje con la exclusión de cualquier otro. "La presentación esteticista de las imágenes

de armas de destrucción masiva y de su utilización, característica del lenguaje del fascismo, ha generado un tipo de video violencia dirigido a las mentes y los corazones del público de occidente, especialmente de Estados Unidos, que dejará huellas profundas en los comportamientos de las actuales generaciones de televidentes" (R. Andersen, *The Guardian*, 30 de febrero de 1991).

Esta situación va a reforzar los mecanismos simbólicos de adhesión al proyecto del norte: sus repercusiones se dejan sentir ya en terrenos tan diversos como el político, cultural o económico; la cultura musical (*rock*), gastronómica (hamburguesas), política (oligarquía parlamentaria) y económica (neoliberalismo) se impone cada vez con mayor fuerza, alejando toda reflexión alternativa al terreno de la marginalidad, de la exclusión del terreno de la intervención social relevante.

Con todo, todavía son más las incertidumbres que las soluciones que plantea la actual situación mundial. En primer lugar está por definir el papel de la Unión Soviética, centrada actualmente en resolver, con 60 años de retraso, los problemas de desmembración imperial. Mientras las demás potencias imperiales del siglo XIX, resolvieron entre la primera y la segunda guerra mundiales la liquidación de sus imperios, la revolución rusa permitió retrasar este tema en la Unión Soviética, que heredaba intacto y ampliado el imperio zarista.

Sus dimensiones y su potencial económico convierten a la Unión Soviética en un actor principal imprescindible del nuevo escenario internacional.

Oriente Medio seguirá centrando la conflictividad mundial. Los países árabes disponen de algo que les es negado al resto de países del tercer mundo: tienen una ideología política (islám) y un proyecto regional (panarabismo) que les facilita el planteamiento de alternativas colectivas. Al menos en la teoría, el auge del fundamentalismo es la consecuencia del fracaso de los proyectos laicos de los principales grupos políticos: el fracaso de la industrialización socialista en Argelia y Tunes, o la incapacidad de los palestinos de constituir un Estado propio a su nación, son realidades históricas que facilitan el ocaso de la influencia del

nasserismo, del socialismo árabe del FLN argelino o del Baash sirio-iraquí, y de siempre la OLP es más una molestia que una bandera para los gobernantes árabes del Magrebh y el Machrek (norte de África y Oriente Medio), por representar la laicidad y el pluralismo en un contexto de gobiernos personalistas, confesionales y autocráticos.

Pero este fracaso de los proyectos árabes laicos es también el fracaso de occidente en el tercer mundo. Nada lo ejemplifica mejor que la caída del Sha de Irán, y con él, una de las vías más "exitosas" en su momento hacia el desarrollo capitalista en el tercer mundo.

De hecho, la fuerza multinacional de intervención tan solo ha conseguido la adhesión de los países de la península arábiga gobernados por emires autócratas; de Siria, que le disputa a Irak la hegemonía en la región y de Egipto, ahogado por el auge del fundamentalismo islámico y ahorcado por su pacto con Israel y Estados Unidos, pacto impuesto en su momento como condición para recuperar el control de la península del Sinaí. Los demás gobernantes se han visto presionados por sus pueblos (Marruecos) o mantienen posiciones antinorteamericanas (Irán, Libia) o propalestinas (Jordania) que los inclinan a descartar el alineamiento con occidente, o a estar abiertamente en contra de la intervención militar.

Es improbable que la postguerra permita diseñar para la región un futuro de alineamiento tranquilo con el orden de los ricos. El mundo árabe seguirá siendo la principal oposición a dicho orden, y por la importancia de sus reservas energéticas, el mayor peligro para la reproducción normal del capital a escala mundial.

En medio de todas estas incertidumbres y realineamientos geoestratégicos y políticos, el margen de maniobra que le queda a América Latina, a todo el tercer mundo, para influir en el diseño del futuro orden entre las naciones y los capitales, es más bien escaso. La ausencia de acción coordinada, y lo que es más grave, la inexistencia de alternativas creíbles para la mayoría de la población, aboca al continente, al menos en los próximos años, a una tarea de reconstrucción de un discurso propio —que todavía no sabemos por donde va a salir— capaz de confrontar realistamente el orden desigualitario y desesperanzado que se deriva de la incontestada hegemonía del "norte".

Febrero de 1991.

J. A. P.